

SÁNCHEZ HERRADOR, Miguel Ángel, *La biblioteca del Colegio de la Encarnación de los jesuitas de Montilla*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2016, 1355 págs. CARNICERO MÉNDEZ-AGUIRRE, Justo, *Libros y librerías en la iglesia ourensana durante la Modernidad: la organización libraria de los jesuitas en los Colegios de Monterrey y Ourense*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2016, 1033 págs.

Los conocidos como inventarios de libros o bienes librarios han contribuido desde el siglo xx al avance y desarrollo del estudio de la cultura escrita y material al tiempo que han creado un apartado especial dentro de la sociología del libro y la historia de las ideas. Para el filólogo curioso o para el historiador erudito el interés del inventario radica en la (re)creación virtual de una biblioteca o, si se prefiere, en la elaboración de una foto fija que muestra una colección libraria en un determinado momento, con infinitas posibilidades para su estudio. En este contexto, en 2016 vieron la luz casi simultáneamente dos publicaciones digitales que comparten un idéntico objetivo: la reconstrucción de las bibliotecas jesuitas en las provincias españolas de Córdoba y Galicia a partir de inventarios realizados en los propios Colegios.

La Compañía de Jesús fomentó desde la primigenia constitución ignaciana que hubiera librería en los colegios, lo que contribuyó a la formación de bibliotecas muy ricas y bien organizadas durante toda la Edad Moderna. Además, la desbordante labor editora de los jesuitas impulsó imprentas en los Colegios que daban a la prensa obras propias y ajenas con una firme intención didáctica. Las dos colecciones hasta la fecha no estudiadas que dan a conocer Sánchez y Carnicero definen la singularidad de estas bibliotecas, nacidas del impulso nobiliario, frente a otras de idéntico carácter, con las que comparten la intención pedagógica como finalidad.

La aportación de Miguel Ángel Sánchez se centra en el Colegio de la Encarnación de Montilla, Córdoba. El valioso catálogo conservado, datado en 1749, le permite al autor reconstruir la biblioteca e investigar su historia y repercusión social. La publicación se divide en dos volúmenes: estudio y catálogo. En el primer volumen una introducción elabora el marco necesario para que el lector se adentre con gusto en el proceloso mundo de las bibliotecas eclesiásticas, a menudo árido por las infinitas listas de autores y obras. El primer capítulo, cimentado en una buena documentación, se dedica a la historia del Colegio de Montilla. Su temprana fundación (1555), vinculada al Marquesado de Priego y a la firme voluntad y religiosidad de la marquesa, Catalina Fernández de Córdoba (1495-1569), posibilitó la incorporación a los estantes librarios de manuscritos, incunables y postincunables de gran calidad. La labor docente así como la predicación, con maestros de la talla de Juan de Ávila, ayudaron a que el Colegio dejara una profunda huella en la sociedad. Posteriormente, los ingresos periódicos y las generosas donaciones ampliaron

el catálogo e hicieron que la institución despuntara por sus excelentes bienes durante todo el siglo XVIII.

A continuación, el autor desgrana de manera casi telegráfica personajes relevantes que pasaron por el Colegio, verbigracia el erudito y escritor Martín de Roa (ca. 1560-1637), así como rectores y hermanos coadjutores, punto que resulta más claro gracias a la inclusión de una tabla con los personajes históricos ordenados cronológicamente. Este primer capítulo se cierra con un epígrafe dedicado a la expulsión de los jesuitas, concretizado en la comunidad religiosa de Montilla y en cómo se desarrolló la incautación de los bienes y su posterior repercusión (y dispersión) bibliográfica.

El capítulo dos se centra en la descripción de la biblioteca, posible gracias al inventario titulado Índice de la librería del Colegio de la Compañía de Jesús de Montilla (1749), atribuido a Antonio Páez. Al igual que en otros colegios jesuitas, en Montilla todo el fondo se concentra en una única biblioteca, más los libros privados de los aposentos y una pequeña colección de reservados — libros sin signatura, duplicados o inadecuados—. El fondo asciende a cerca de 4800 obras, con un gran número de encuadernaciones facticias, lo que la coloca en una posición intermedia dentro de la clasificación de bibliotecas jesuíticas establecida por Bernabé Bartolomé Martínez (“Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1767): aportación notable a la cultura española”, *Hispania Sacra*, 40-81 (1988), págs. 315-388). Su temprana formación así como la existencia de una renta anual garantizada para la compra de libros conforman la singularidad de esta biblioteca.

El análisis de Sánchez resulta detallado y claro, dedicado a muy diversos puntos de interés que se van desgranando magistralmente. Un buen epígrafe es el dedicado al expurgo de los ejemplares, muy significativo en aquellos libros con fines docentes, donde el autor apunta a que la importancia de la producción impresa de la Compañía así como la necesidad de uniformidad pudieron determinar la existencia de una censura jesuítica propia (pág. 53). Además, se enumeran los responsables de la labor de revisión y censura y también una valiosa nómina de bibliotecarios con sus fechas de trabajo, cuyo análisis permite concluir al autor que el trabajo de expurgo no fue realizado de manera sistemática pero sí constante como demuestra, por ejemplo, la censura en los escritos de Erasmo (pág. 57).

Uno de los apartados más valiosos es el dedicado a “Donaciones, procedencias y anteriores propietarios” de los ejemplares, en la senda de la concepción material del libro como “producto histórico”, ya apuntado por Julián Martín Abad (*Los libros impresos antiguos*, Valladolid, Universidad de Valladolid Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2004, pág. 109). El análisis material, bibliográfico y temático de estas donaciones, como la del citado Juan de Ávila, se acompaña con jugosos datos acerca de los lugares de impresión, lengua, formato o anotaciones manuscritas. Estas huellas de lectura conforman otro sabroso apartado con importantes datos de naturaleza cultural, sociológica

o personal sobre el universo del libro, su posesión y lectura, concentrados en los libros más antiguos, profusamente utilizados.

Seguidamente, Sánchez se centra en la fortuna posterior de los ejemplares, desde la incautación de la biblioteca montillana hasta su destino final en la Biblioteca Pública del Palacio Episcopal de Córdoba. Sin embargo, se indican otras actuales ubicaciones de los fondos del Colegio, un rastreo muy meritorio por parte del autor. Igualmente es muy valiosa su aportación en torno a las pérdidas de libros —que suponen casi un cuarenta por ciento del fondo—, y para las cuales propone un “perfil del libro perdido” (pág. 80).

Sin duda, el capítulo tres es el verdadero pilar del libro, pues se dedica al estudio del fondo, tanto en su vertiente bibliográfica como temática. El detallado análisis resulta completo, pues no solo se enumeran las imprentas, lugares o fechas de impresión, sino que se establece un verdadero estado de la cuestión de cada centro impresorio, reforzado por varias tablas y un mapa. No se descuidan otros aspectos de interés como las lenguas de impresión, las órdenes religiosas de los autores, el tipo de encuadernación y formato, los materiales de refuerzo o la presencia de animales bibliófagos y sus curiosas huellas en los ejemplares analizados.

Por su parte, el análisis temático es profuso y se clasifica en más de veinte apartados. Los ejemplares catalogados corresponden, fundamentalmente, al ámbito religioso, pero también hay cabida para clásicos latinos y griegos, españoles (como el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán), literatura local o bien obras literarias de autores jesuitas además de una inusual presencia de obras de arte militar (pág. 196).

Este primer volumen se cierra con unas conclusiones que, a pesar de la dificultad en sintetizar los principales apartados —ya de por sí, amplios—, pecan por ser excesivamente escuetas. Se detalla a continuación la bibliografía y las fuentes consultadas, que resultarán útiles al especialista. Finalmente, se incluyen quince valiosísimos apéndices, con la transcripción de los principales documentos que se han referido en el volumen: inventarios, cargas espirituales, tabla de libros expurgados, Real Provisión, además de un catálogo razonado de diez bibliotecas correspondientes a diferentes personalidades vinculadas con el Colegio.

El volumen dos se dedica a la metodología para la elaboración del catálogo, con tres partes muy diferenciadas: 1) descripción de la metodología —comprende la descripción bibliográfica utilizada así como la entrada tipo y posibles notas al ejemplar que se describe—; 2) catálogo y 3) índices. El catálogo cuenta con cerca de 2900 entradas, con subentradas en el caso de los volúmenes facticios, que siguen el mismo patrón: encabezamiento, transcripción, descripción bibliográfica y del ejemplar más la referencia a repertorios y números normalizados en los principales catálogos. Los útiles índices se dedican a autores secundarios, lugares, impresores y, por último, un índice cronológico.

Por su parte Justo Carnicero Méndez-Aguirre presenta su aportación al estudio de las bibliotecas jesuitas en Galicia, concretamente las referidas a los Colegios de Monterrey y Ourense, gracias al inventario de 1770, con idénticos objetivos a los ya planteados en la primera monografía reseñada. El elemento singular en esta ocasión se refiere al interés prestado a los libros manuscritos de ambos Colegios además de la utilización de una gran variedad documental, donde sobresale la información relativa a la valiosa biblioteca del Conde de Monterrey (1495-1559).

Tras una somera introducción, el segundo capítulo se dedica a elaborar un examen historiográfico acerca de la Compañía de Jesús, un buen repaso que sintetiza los avatares históricos así como el ideario y los pilares de los jesuitas de una manera divulgativa, quizá un tanto prescindible para el entendido, pero conveniente para el nuevo lector. El siguiente capítulo ofrece un excelente *status quaestionis* acerca de las bibliotecas jesuitas en Europa, exponiendo los problemas de índole histórica y bibliográfica a los que se han enfrentado los estudiosos. Entre ellos sobresale “el baile de cifras de los volúmenes” (pág. 67), que manifiesta la poca exactitud con que mostrar un patrimonio bibliográfico con grandes ausencias debidas, en parte, a los pocos estudios sobre el tema, a excepción de los publicados por Emilio Duro Peña (págs. 84–85).

A continuación, se esboza una visión global acerca de las bibliotecas de la provincia de Castilla durante los siglos XVI a XVIII gracias al importante documento del libro de visitas manuscrito del viaje de Alonso Carrillo, que expone una gran riqueza de noticias al tiempo que traza un panorama cultural desastroso. Tanto en Castilla como en Galicia la falta de libros, debido a la escasez de rentas fundamentalmente, conformó bibliotecas pobres y de pocas inversiones que dejan ver la “intrahistoria” de estos Colegios, según subraya el autor.

El capítulo quinto se dedica a la historia del Colegio de Monterrey y su biblioteca. El interés de este colegio radica no sólo en que allí se estableció la primera imprenta gallega, que conforma un centro creador y exportador de libros, sino también en la importante biblioteca condal. La consideración de dicha biblioteca como *patrimonial*, en palabras de Víctor Infantes (“La memoria de la biblioteca: el inventario”, en Agustín Redondo, Pedro M. Cátedra y M^a. Luisa López-Vidriero, eds., *El escrito en el Siglo de Oro: prácticas y representaciones*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998, págs. 163–170), revela el carácter bibliófilo y erudito del conde de Monterrey, que se aprecia en pequeños detalles como la nómina libraria (muy atenta a las novedades), las ricas encuadernaciones descritas, así como en la posesión de libros vernáculos y la escasa presencia de traducciones. Además, esta biblioteca se enriquece con interesantísimas donaciones de mujeres de la nobleza como María Pimentel (1549-1594) (pág. 148).

El análisis de la propia biblioteca de Monterrey es completo aunque en ocasiones farragoso, debido principalmente a la inclusión de metáforas ambiciosas en la redacción y algún error en la puntuación, cuestiones que dificultan la

lectura. Los numerosos datos terminan por abrumar al lector y habría convenido más representarlos mediante tablas o gráficos ilustrativos (llama la atención la inexistencia de ellos en toda la monografía). El estudio se centra en el contenido por materias de los libros (con una *Celestina* entre sus fondos así como libros de cocina y obras lúdicas), el orden de los libros, la Inquisición y sus visitantes, con especial hincapié en la visita de Carrillo. Posteriormente el autor se adentra en el análisis más puramente material de los fondos: formato, encuadernaciones, impresores, lugares y años, la diferenciación entre manuscritos e impresos, —con el testimonio de cinco incunables—, así como la existencia del “fondo propio”, o lo que Carnicero ha llamado las obras o escritores de Galicia (pág. 254). En general, se trata de un catálogo desarrollado, que muestra una buena representación de la literatura española. Los datos se acompañan en ocasiones de una biografía de los autores, lo que Carnicero denomina “biobibliografía” (pág. XXIV), cuando más acertadamente podría llamar “biobibliografía”, término sancionado por la RAE. Igualmente la denominación de “manuscrito preparatorio para edición” (pág. 339) sería más precisa bajo el marbete de “original de imprenta”, concepto ya establecido gracias a los estudios de Bibliografía Textual.

Por su parte, el capítulo sexto se dedica a la biblioteca de Ourense, analizada bajo el mismo método. Sin duda lo más reseñable es el catálogo de la biblioteca de la farmacia del Colegio, la primera de estas características localizada en Galicia y cuyo elevado número de títulos (casi quinientos) supera a la conocida en Salamanca.

Las conclusiones ponen en valor no sólo el marco geográfico común que posibilita el estudio conjunto de ambas bibliotecas gallegas, sino también el mismo destino de los libros, depositados en la Universidad de Santiago de Compostela. La bibliografía es amplísima y los anejos documentales muestran una gran variedad de fuentes: libros diarios, obituarios, catálogos (tanto de manuscritos como de impresos), inventarios, índices etc. que dan buena cuenta del grandísimo trabajo y esfuerzo de Carnicero.

En definitiva, las dos publicaciones reseñadas trazan un completísimo panorama que pone de relieve la vitalidad y utilidad de los estudios codicológicos y tipobibliográficos. La reconstrucción de estas bibliotecas contribuye a esbozar un canon de lecturas jesuíticas al tiempo que incide en la importancia social e histórica de la Compañía en las localidades donde se radicaron estos Colegios. Carnicero y Sánchez, lejos de dar un extracto seco de autores y obras, dan vida a las personas involucradas en la fundación, conservación y uso de estas bibliotecas, enlazándolos en un contexto sociocultural que promete seguir dando frutos desde las más variadas disciplinas.

Ruth Martínez Alcorlo